

## La puntada final The final stitch



# microscopio del arte y la cultura

Los novelistas buscan para sus obras un comienzo que impresione y atrape al lector. A veces, éste termina recordando sólo el párrafo inicial, como sucede a muchos con el Quijote, salvo al pobre colegial que parte fácil con el “*cierto lugar de la Mancha*”, para frenar en seco con la “*lanza en astillero, rocín flaco y galgo corredor*”, de lo cual sólo reconoce al perro. Víctor Hugo encontró un inicio más breve y contundente para su hombre risueño: “*Ursus y Homo estaban unidos por una amistad estrecha. Ursus era un hombre, y Homo era un lobo*”<sup>1</sup>.

Sin embargo, puede resultar mucho más difícil dar la puntada final a la trama, que va desde la tradicional e infantil “*vivieron felices y comieron perdices*”, hasta el melancólico párrafo de Scott Fitzgerald en su deslumbrante *Gatsby*: “*Y así seguimos, luchando como barcos contra la corriente, atraídos incesantemente hacia el pasado*”, señalando la inutilidad de nuestros esfuerzos para escapar al tormento de la memoria... ¿Será ésta una variante del eterno retorno de Nietzsche?

Habiendo acabado a los 12 años con las novelas de aventuras, descubrimos con mi hermano en la biblioteca paterna un puñado de autores entonces profusamente editados –y vendidos– en ediciones populares, y devoramos, uno tras otro, a Dostoievsky, Tur-

gueniev, Gorki, Lajos Zilahy y a un genio hoy olvidado: Panait Istrati, seudónimo de Adrian Zograffi (1884-1935), un rumano que escribía en francés, hijo de una lavandera rumana y un contrabandista griego que nunca conoció. Istrati tuvo una vida tormentosa, con un intento de suicidio en Niza, que le ganó primero el interés y luego la amistad de Romain Rolland, impulsor de su carrera literaria.

Apartando *Nerransula* y *Kyra Kyralina*, encontramos más emocionante la novela “*Los cardos del Baragán*”, donde el joven Mataké se aleja de casa cuando los enormes y punzantes cardos vuelan sobre la estepa del Baragán, arrancados por el *crivat*, viento venido desde Rusia. “*Dedico este libro –dice Istrati– al pueblo de Rumania, a los once mil asesinados por el gobierno de mi país, a las tres villas de Slanilesti, Bailesti y Hodivoaia, destruidas a cañonazos, crímenes horrendos*

*perpetrados en marzo de 1907, que han quedado impunes*”. En su viaje por la estepa, Mataké presencia la destrucción de una villa y escucha que su padre, quien suele llamar “cardos” al brazo armado de los opresores, ha sido ejecutado por la policía, tras lo cual huye con su amigo Yonel en un carromato. Al día siguiente despierta y pregunta:

- ¿Por dónde vamos, Yonel?

- *Por el mundo, Mataké. Nos persiguen los cardos.*

¡Magnífico! Todo está dicho en una línea: por el mundo, es decir por todas partes y por ninguna; no hay lugar seguro, siempre serán perseguidos por los opresores, los poderosos de esta tierra, quienes están sobre nosotros...

Sesenta y ocho años después de nuestra primera lectura, nos preguntamos si no habremos sido, todos nosotros, alguna vez y por un momento, los cardos para algún desventurado.

### Referencias bibliográficas

- 1.- Hugo V. L'homme qui rit. <https://books.google.es/books?id=vy5AAAAAYAAJ>.
- 2.- Scott Fitzgerald F. El gran Gatsby. 3a.ed. Editorial Andrés Bello, Santiago 1984.
- 3.- Istrati P. Bajo el cielo de Oriente. Los cardos del Baragán. Editorial Calomino, La Plata, Argentina 1944 (Hay una edición más reciente de Quimatú, 1973).

**Walter Ledermann<sup>1</sup>**

<sup>1</sup>Centro de estudios Humanistas Julio Prado.

Recibido: 24 de marzo de 2019

Correspondencia a:  
oncemayor@gmail.com

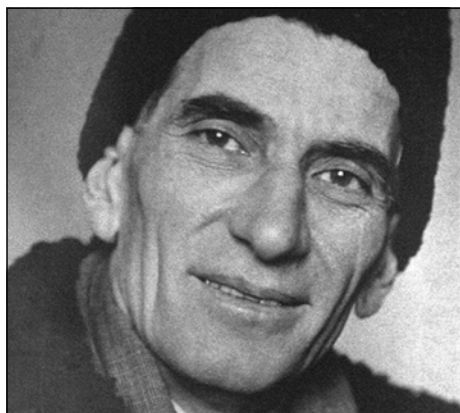


Figura 1. Panait Istrati.

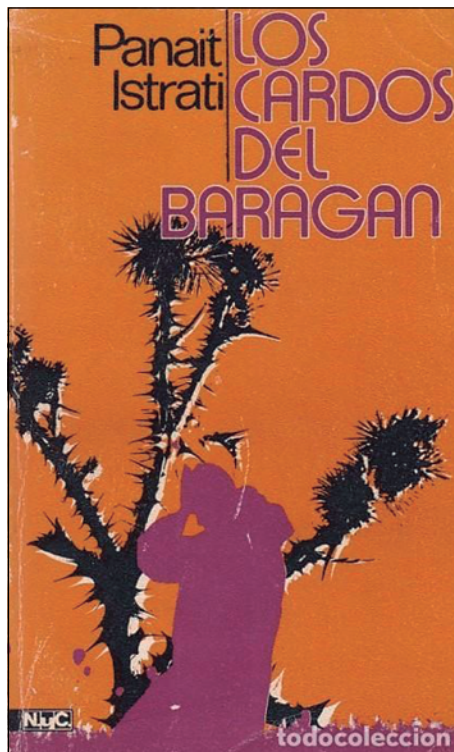


Figura 2. Portada de Los cardos del Baragán.